Poética del deterioro

 Nada cambia esa serena batalla de los elementos

 Mientras el tiempo devora

 La carne de los hombres y los acerca

 Miserablemente a la muerte como bestias

 Ebrias.

 Álvaro Mutis

La sociedad quiere seguir encasillando a los artistas como pintores, escultores, grabadores o instaladores, pero cada vez más, y este es el caso de Plinio Villagrán, quienes se dedican al arte en el mundo contemporáneo, trabajan de forma transdisciplinaria, saltando de un ámbito a otro y en ocasiones mezclando elementos de dos o más disciplinas en una obra. En el caso de este artista guatemalteco residente en Oaxaca, hay en muchos de sus trabajos un gusto por la transgresión de la propia obra, por lo que muchas de sus piezas finales han sido trabajos previos violentados por el mismo autor, intervenidos en diversos “estados” hasta que la imagen por fin se ajusta a las exigencias conceptuales y emocionales de Villagrán en un momento determinado. En series como ***Sombra del polvo***, las gráficas digitales realizadas a partir de antiguos diagramas anatómicos, son luego modificadas por la acuarela o los tintes acrílicos y al final, bordados o cosidos con hilos rojos o sepias. Así también, los números que marcaban las distintas partes del cuerpo han sido respetadas, pero en lugar de los nombres anatómicos, encontramos palabras, frases, aforismos que abren lecturas poéticas a la imagen y a la concepción de lo corpóreo. Los hilos rojos atravesando el papel son un violento dibujo sobre la imagen resultante de las gráficas digitales intervenidas por la pintura, pero la violencia de ese dibujo es la idea misma que sostiene a cada pieza, es como si con el hilo, Villagrán terminase por anudar todos los significantes que había ido esbozando en el proceso de creación de cada imagen, y ya cosidos adquiriesen una unidad contundente y por lo tanto un discurso visual claro y con innegable fuerza expresiva. Por otra parte, el hilo adquiere una complejidad de cargas simbólicas y de referentes culturales en un artista nacido en tierras Guatemaltecas, donde la riqueza textil de los pueblos mayas es deslumbrante y cualquier persona que haya visitado Chichicastenango en día de mercado (seguramente el tianguis de textiles más importante de Latinoamérica), habrá quedado marcado de por vida por la variedad de soluciones que en las telas y los huipiles y los morrales los pueblos mayas de Guatemala han desarrollado. Tuve el privilegio de visitar ese mercado con René Bustamante, un experto en textiles mayas, quien iba literalmente leyéndome los huipiles, pues sus dibujos geométricos son verdaderos códices en que los pueblos cifraron las cosmogonías de sus culturas. Un artista contemporáneo de Guatemala que utiliza el hilo para hablar de su intimidad, de su visión del mundo, de los roles que le asignamos al cuerpo y la sexualidad y el nacimiento en nuestro caótico mundo actual, no deja sin embargo de ligarse a esa tradición de expresar y cifrar a través del hilo, aunque actualice su medios de expresión, mezcle tecnología digital con pintura y técnicas artesanales y milenarias.

 El vaivén entre las técnicas actuales y las tradicionales es una constante en el trabajo de Villagrán, como podemos ver en esta exposición. Veamos esos polípticos realizados a partir de tomografías que el artista ha bajado de internet, aprovechando ese mar de imágenes que flota en el mundo virtual y que pertenecen a una nueva generación de visiones tecnológicas avanzadísimas puestas al servicio de la ciencia. Pero sucede que el artista hace un transfer de esas inmersiones técnicas en el cuerpo humano, un transfer hacia una plancha de madera que luego trabaja con la tradicional técnica de la xilografía, la misma técnica de estampado que usó Gutenberg para imprimir sus abecedarios de madera, la misma técnica que esos primeros grabadores utilizaron para inventar imágenes que acompañaran a los textos en los libros. La imagen inicial de la tomografía va deformándose gradualmente bajo las gubias, veladuras de tinta blanca, reimpresiones, y finalmente, el desgarramiento de todos los blancos de la imagen, un exorcismo último, una violencia descarnada que sin embargo habla de cómo la vida va desollándonos, del implacable tiempo, del deterioro inminente al que nos somete el simple fluir de la vida.

 Somos esto que se acaba, parecen decirnos los trabajos de Villagrán, pero somos parte de la fiesta del deterioro, somos los violentados pero también transgredimos al ser deseado, somos utilizados pero también pervertimos la imaginación de los otros, somos esto que se acaba y que acaba al otro.

 Fernando Gálvez de Aguinaga